# Contra la arquitectura efímera: cuando solo el fracaso paga

XEMA GATNAU

Se habla con frecuencia de arquitectura efímera como si la temporalidad fuese, por sí misma, una virtud estética o conceptual. Pero, en general, la arquitectura efímera me parece una actividad profundamente cuestionable. No necesariamente el objeto concreto, ni siempre el resultado formal, sino el propio acto de proyectar, construir, desmontar, transportar y desechar arquitectura concebida para durar poco.

Es evidente que, en una escala planetaria o universal, toda arquitectura es efímera. También las catedrales, los templos, los palacios y las ciudades acaban siendo ruina, estrato o polvo. Pero precisamente por eso la cuestión no es si algo durará eternamente, sino si ha sido concebido con una voluntad razonable de permanencia. En arquitectura, cuanto menos efímera sea una obra, mejor.

Un edificio debería aspirar a durar doscientos, quinientos o incluso mil años. Y si debe durar poco, entonces debería hacerlo por una razón materialmente impecable: porque está hecho con materiales extremadamente sostenibles, biodegradables, reutilizables o de impacto mínimo o negativo, por ser un sumidero de carbono. La madera, ciertas fibras naturales o sistemas realmente reversibles pueden justificar algunas soluciones temporales. Pero cuando la arquitectura efímera utiliza estructuras complejas, componentes industriales, transporte pesado, montaje especializado y posterior desmontaje, su supuesta ligereza se convierte en una forma refinada de despilfarro.

Puede haber excepciones. Una arquitectura efímera puede tener sentido si reutiliza materiales ya existentes, si después sus piezas sirven para otros usos, si evita construir algo peor o si su valor simbólico, ritual, político o artístico justifica plenamente su corta duración. Pero esas excepciones no deberían ocultar la regla general: construir para destruir es casi siempre una forma de insostenibilidad.

Dicho de forma más categórica: una arquitectura efímera solo debería existir si cumple una de dos condiciones: o es materialmente casi inocente —reutilizable, biodegradable, reversible o incluso sumidero de carbono— o es simbólicamente tan potente que merecería no ser efímera. Todo lo que no cumpla una de esas dos condiciones pertenece más al despilfarro que al arte, más al consumo de formas que a la construcción responsable del mundo.

Y todavía más: la arquitectura efímera solo se justifica si fracasa como efímera. Solo si su propia efimeridad queda derrotada por la fuerza de la obra, solo si aquello que debía desaparecer demuestra que merecía permanecer, cuando el reconocimiento de la posteridad supera el acto del acontecimiento, entonces la excepción empieza a estar justificada. La arquitectura efímera valiosa

es aquella que, en cierto modo, desobedece su destino. Si nace para desaparecer y desaparece sin dejar ninguna necesidad de permanencia, probablemente no hacía falta que existiera.

Y el listón simbólico debería ser altísimo. Cualquier arte efímero, cualquier arquitectura condenada a durar poco, debería pretender ser, como mínimo, algo del orden de la Torre Eiffel o del Pabellón de Mies van der Rohe en Barcelona: una obra que nace vinculada a una ocasión concreta, pero cuya potencia formal, simbólica o histórica es tan grande que acaba exigiendo permanencia. Incluso en el caso del Pabellón de Mies, la lección debería ser más exigente todavía: no basta con que algo merezca ser reconstruido después; lo verdaderamente deseable sería que hubiese sido concebido para no tener que desaparecer nunca. Si una arquitectura efímera no aspira a esa intensidad, si no pretende ser tan necesaria que el tiempo la contradiga, entonces probablemente sería mejor que no existiera.

## El éxito absoluto como fracaso de la efimeridad

Aquí aparece la paradoja decisiva: la arquitectura efímera solo puede justificarse cuando fracasa de manera absoluta como arquitectura efímera. No cuando simplemente resulta interesante, ingeniosa, bella o celebrada durante unos días, sino cuando alcanza tal grado de éxito que su desaparición empieza a parecer un error. Su éxito verdadero consiste en volverse incompatible con su propio destino temporal. Una arquitectura efímera solo merece la pena cuando es tan extraordinaria que deja de poder aceptarse como efímera.

Por eso el listón debe ser casi inalcanzable. No se trata de pedir a cada pabellón, instalación o estructura temporal que sea meramente correcta, sostenible o sugerente. Se trata de exigirle que aspire a una intensidad extrema: que, como la Torre Eiffel, convierta su provisionalidad en una anomalía histórica; que haga evidente que el mundo perdería algo si desapareciera. Si no puede aspirar a ese fracaso absoluto de su efimeridad, si no puede convertirse en un superéxito contra su propio destino de desaparición, entonces casi siempre es mejor que no exista.

La consecuencia es dura, pero necesaria: cuanto más alto se exige a la arquitectura efímera, más se reduce su legitimidad. Solo unas pocas obras pueden justificar el gasto, el montaje, el desmontaje, el transporte, la energía y la materia invertida en algo pensado para durar poco. Precisamente porque la excepción debe ser tan extrema, la regla general debería ser la abstención. Ante la duda, no construir. Ante la mera ocurrencia, no construir. Ante la simple espectacularidad temporal, no construir. La arquitectura efímera solo se salva cuando se vuelve demasiado importante para seguir siendo efímera.

La arquitectura verdaderamente responsable no debería celebrar su desaparición, sino su permanencia. No porque todo deba ser monumental, pesado o eterno, sino porque el mundo no necesita más gestos materiales destinados a agotarse en una temporada, una feria, una exposición o una fotografía. No necesita producir novedad, consumirla, fotografiarla, viralizarla, publicitarla, globalizarla y sustituirla. Necesita obras capaces de envejecer, adaptarse, repararse y seguir sirviendo.

En este sentido, en la construcción humana del mundo, Parménides debería ser el objetivo, incluso sabiendo con Heráclito que el mundo cambia. La superficie de la realidad puede ser heracliteana: flujo, transformación, erosión, tiempo, desgaste, sustitución. Pero precisamente por eso la arquitectura, en su esqueleto, debe aspirar a una permanencia permanente. No porque pueda vencer absolutamente al devenir, sino porque su función más alta consiste en introducir duración, estabilidad y presencia allí donde todo tiende a pasar. El mundo cambia; la arquitectura responde intentando permanecer. La intemperie es lo natural, el estado natural de las cosas: la función de la arquitectura es ofrecer cobijo ante ella en la medida de lo más feliz posible.

*Croquis conceptual: una piel mutable sobre un esqueleto concebido para permanecer.*

Por eso, frente a la fascinación contemporánea por lo temporal, convendría reivindicar una arquitectura de larga duración. Si utilizamos hormigón, piedra, acero, cerámica u otros materiales de alto coste ecológico, deberíamos exigirles una vida útil extensa. Una estructura de hormigón no debería pensarse para unas décadas, sino para siglos. La sostenibilidad no consiste solo en reducir el impacto inicial, sino en multiplicar el tiempo durante el cual ese impacto queda justificado.

Toda arquitectura desaparecerá algún día. Pero esa verdad no convierte en virtud la fugacidad deliberada. Al contrario: cuanto más finito es el mundo, más obligación tenemos de construir como si las cosas debieran durar. La piel puede y debe mudar cada temporada, pero el esqueleto debe dejar huella por los siglos de los siglos, a poder ser.